

ARTÍCULO

A 31 AÑOS DEL MARTIRIO DE MONSEÑOR ROMERO

Alfonso Velis Tobar *PÁG. 3-4*

CUENTO

DESPUÉS DEL ULTIMO MOMENTO

José Roberto Ramírez *PÁG. 5*

CUENTO

TRES CUENTOS INEDITOS

Federico Hernández Aguilar *PÁG. 7*



Romero
el inmortal

LEAMOS SALVADOREÑOS
Un país que lee crece



"Y si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño."
(OSCAR ARNULFO ROMERO)

Bitácora

LOS PUNTOS NEGROS Y EL COLOR ROJO DE LAS MARIQUITAS

GABRIEL MORAES
Escritor

Las mariquitas son insectos muy pequeños, de forma semi-redonda y cubiertos por un suave y aplastado caparazón de atractivos colores, pincelados por supuesto por la madre naturaleza; son curiosísimas y les atrae la luz del sol, tanto que si se alejan, es difícil su regreso al lugar donde nacieron. Cuentan los libros de los estudiosos que antes las tonalidades de estas criaturas mínimas eran lisas, no como las especies contemporáneas, y por extraño que parezca, existían de todos los colores vivos, menos el rojo...

También el libro de los libros, inspirado por Dios, relata que, aún antes de que se expulsara a Adán y a Eva del paraíso, ya estaban los insectos en el mundo esperando la llegada de los seres humanos.

De manera que los hombres y los insectos han convivido desde épocas inmemoriales, aunque es conocido el dominio que los primeros siempre han ejercido sobre los segundos.

Todos los pueblos, constantemente buscan la felicidad y la tierra prometida donde vivirán en mejores condiciones, y prueba de ello es que esa búsqueda y la realización de ese anhelo, ha provocado guerras y levantamientos entre naciones e imperios.

La historia da fe de esas luchas y hace un poco más de dos mil años, se suscitaban revueltas en contra del invasor ejército romano. Los rebeldes salían de la nada y era imposible determinar su identidad individual porque los protegía el escudo numeroso de las familias, aldeas, tribus y ciudades judías.

Había que dar un escarmiento y el momento propicio llegó para los conquistadores; los judíos aguardaban la venida de un Salvador, de un Mesías para liberarse del yugo opresor.

El popular influjo de las metáforas sobre las multitudes y la intachable conducta de vida de un Nazareno fue la oportunidad para aplacar estas demostraciones y malos ejemplos de desobediencia al orden establecido.

Jesús fue condenado a morir crucificado, no importaban las consecuencias si se derrama el pomo de esencias de un pobre inocente y los preparativos para su ejecución se cumplieron al pie de la letra. Antes de morir, Jesús encomendó su espíritu al Creador y expiró. En los últimos minutos de angustia y sufrimiento, al lado del hijo, no puede faltar la presencia de la madre; sus ojos, heridos de dolor, se rompieron flagelados de sal y sangre.

Habíamos afirmado que las mariquitas son curiosas por naturaleza y en la cima del Monte Gólgota la luz del sol iluminaba con implacable resplandor; sangre y lágrimas negras salpicaron la diminuta redondez del insecto...

Desde fecha tan nefanda, ¡Oh increíble y verdadera huella del tiempo...! No hay mariquita que nazca sin puntitos negros, y algunas, hasta con tono encarnado brillante en su blando caparazón.

Los mal llamados padres de la patria

ERNESTO CARTAGENA
Pintor



FOTO: CORTESÍA DE AUGUSTO CRESPIÁN

PRÓXIMAMENTE OCTAVO SALÓN DE DIBUJO TRANSITO Y PERMANENCIA 2011 INDEPENDENCIA Y DEPENDENCIA 28 DE ABRIL AL 5 DE JUNIO

El curador de esta muestra es Noe Valladares. Los expositores son: Ricardo Clement, Cándido Pineda, Rodolfo Oviedo, Edwin López, Henry Ramírez, Orlando Rivas, Saúl Ayala, Ernesto Cartagena, Joel Ascencio, Gabriel Jovel, Renacho Melgar, José Alvarenga, Dany Ruiz, Miguel Ángel Efigenio, Álvaro Sermeño.

JUAN BAINA por NETO



La voz que dijo la verdad

MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ
COORDINADOR



Muchos afirman que Óscar Arnulfo Romero decidió entregar su vida por el cambio tras la muerte de Rutilio Grande, sacerdote amigo suyo que fue ultimado en Aguilares. Es posible que así haya sido, pero sin lugar a dudas deseaba contribuir con el prójimo, porque amaba a su prójimo. El ordenarse como sacerdote es prueba de ello. Luego el camino, la práctica, al igual que los discípulos cristianos se empapó del pueblo y vio las injusticias y la opresión del Gobierno totalitario de ese entonces y no hubo regreso, al igual que los valientes de la Biblia decidió sumarse a la lucha, pero no con armas sino con la verdad y el valor de decirla. Se embarcó donde nadie más lo quería hacer, trabajó en el campo, ayudó a quienes pudo, manifestó a través del púlpito que las cosas debían cambiar, que no se debía matar unos a otros, se entregó por la Paz.

Romero sin duda tuvo mucho valor y continúa siendo un símbolo de esperanza. Miles de personas confiaban que sus palabras ablandarían a los hombres que deseaban la guerra, pero fue al contrario, su voz fue tan dura que no la resistieron y confabularon para matarlo un 24 de marzo.

Fuimos un país en el que se mataban poetas y sacerdotes indiscriminadamente. Unos por escribir la verdad; otros, por vivirla y decirla. Desde el padre Ernesto Barrera Motto hasta los sacerdotes jesuitas, sin ningún respeto a la autoridad conferida a ellos, sin importar que eran líderes religiosos intentaron sacarlos de la historia, pero no contaron con la justicia divina y estos mártires están presentes cada día. Hoy que ha pasado la guerra, los acuerdos de paz, la transición. Están en el pueblo salvadoreño y en el mundo.

Cuando Romero afirmó que estaba dispuesto a todo, que seguiría denunciando la injusticia y las atrocidades del gobierno de esos años; no pudo visualizar el impacto que causaría en millones de personas, que tienen presente su memoria y sus palabras. Romero habita en las calles de San Salvador, tiene su propia avenida, tiene monumentos y es respetado por mandatarios de diversos países. Romero vive...

SABÍAS QUE | por NELSON VALLE

VALLE_NELSON@HOTMAIL.COM

Sabías que... Diariamente se conectan más de 500 millones de usuarios a internet.

Sabías que... Un joven salvadoreño tiene 60% de probabilidades de morir asesinado en comparación con los países europeos.

tresmil
suplemento cultural

Director: Francisco Valencia. Coordinador: Mauricio Vallejo Márquez. Sub coordinadora: Lya Ayala. Diseño: M. V. M. y L. A.

Toda colaboración puede enviarse al correo electrónico: suplemento3000@gmail.com

A 31 AÑOS DEL MARTIRIO DE MONSEÑOR ROMERO

ALFONSO VELIS TOBAR. MA.
Carleton University, Ottawa, Canadá

QUIÉNES FUERON SUS ASESINOS SEGÚN LA COMISION DE LA VERDAD DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS(ONU)

Todavía hasta 1991 no se había esclarecido, quiénes eran los promotores intelectuales y materiales del asesinato del Arzobispo de San Salvador, Monseñor «*Oscar Arnulfo Romero*», perpetrado el 24 de Marzo de 1980 en El Salvador, Centroamérica. Pero su cobarde asesinato hasta la fecha de hoy, ha sido plenamente esclarecido ante la historia y el mundo entero. Y ahora a 31 años de su martirio el mundo debe saber, oficialmente, quiénes fueron los asesinos que planearon con sutil alevosía su muerte. Y la verdad de este crimen, impune por muchos años, se conocería mundialmente hasta 1993, a través de la llamada «COMISIÓN DE LA VERDAD», entidad nombrada por la ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS(ONU), acertadamente encomendada al distinguido Mr. Boutros Gali, a quien correspondió investigar, analizar todos los casos de violación de los Derechos Humanos en El Salvador más otros graves hechos de violencia, ocurridos entre enero de 1980 y julio de 1991. Por fin conoceríamos a los responsables y culpables de tantas muertes, una de gran magnitud, el caso de Monseñor Romero, y la opinión pública mundial, el pueblo Latinoamericano EXIGIAN LA VERDAD SOBRE EL ASESINATO DE MONSEÑOR, que hasta hoy causa consternación y condena de todos los pueblos del mundo. Para todos los lectores que desconocen este INFORME OFICIAL dado por la ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS, lo hacemos público exponiendo una parte, anotando textualmente del libro «DE LA LOCURA A LA ESPERANZA». Después de esclarecer cuidadosamente los hechos, se concluyó lo siguiente:

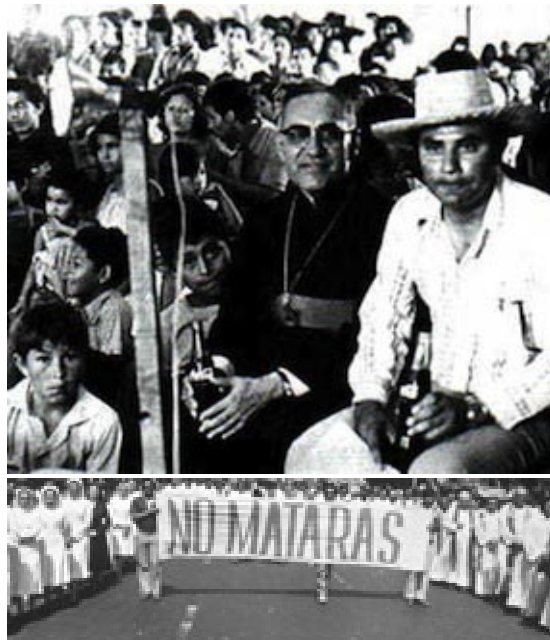
1- «Existe plena evidencia de que el Ex-mayor Roberto D»Abuissón dio la orden de asesinar al Arzobispo y dio instrucciones precisas a miembros de su entorno de seguridad actuando como «Escuadrón de la muerte» de organizar y supervisar la ejecución del asesinato. Además hay otros implicados como los Capitanes Álvaro Saravia y Eduardo Ávila, así como los empresarios Mario Sagraera y Mario Molina quienes tuvieron una participación activa en la planificación y conducta del asesinato».

2- «Amado Antonio Garay, motorista del ex-capitán Saravia, fue asignado para transportar al tirador a la Capilla. El señor Garay fue testigo de excepción cuando desde un Volkswagen rojo de cuatro puertas, el tirador disparó una sola bala calibre 22 de alta velocidad para matar al arzobispo.»

3- Hay suficiente evidencia de que «Walter Antonio «musa» Álvarez junto con el ex-capitán Saravia, tuvo que ver con la cancelación de los honorarios «del autor material del asesinato». Para investigar el caso la Comisión de la Verdad revisó las investigaciones anteriores y el expediente judicial, así como documentos de diversas fuentes, y entrevistó a muchos testigos confidenciales.»(*) (Documento tomado textualmente del libro «De la Locura a la Esperanza» La guerra de 12 años en El Salvador, Informe oficial de la «Comisión de la Verdad» 1992-1993. Caso ilustrativo:



Desde hace años, desde el primer momento de su martirio, a nivel mundial muchos son los sectores populares, las organizaciones cristianas, entidades culturales y sociales que apoyan su canonización...



Monseñor Romero. San Salvador: Editorial Arco iris, 1993. Págs. 172-180)

En todo caso el asesinato de Monseñor Romero es motivo de denuncia constante, por los que conocen su martirio. Históricamente Monseñor Romero es considerado por el pueblo salvadoreño como un guía, pastor y profeta mártir. Aunque para otros sectores reaccionarios, contrarios a su posición eclesiástica, en los momentos de convulsión política en el país, su actitud significaría lo contrario para los fines de la iglesia misma; porque cuando Monseñor Romero tuvo que denunciar la injusticia social con la verdad, jamás tuvo miedo, fue muy valiente y lo hizo sin temor, aun cuando los sectores en su contra difamaron su persona; inclusive por los mismos sectores ultraconservadores de la Iglesia Católica Salvadoreña. Quienes lo miraban con recelo e ingenuamente, con odio lo juzgaban mal, y hacían de sus homilias pastorales una interpretación política, cuando ciertamente abordaba aspectos de la realidad nacional y denunciaba la violación a los derechos humanos, criticando severamente a la oligarquía y gobierno de turno, denunciaba la violenta represión de los cuerpos militares en contra del pueblo salvadoreño, derramando su sangre. Si bien es cierto, Monseñor, no sólo denunciaba la injusticia social en que el pueblo siempre ha vivido, sino criticaba la política, a raíz de analizar los graves problemas de la realidad nacional inmersa en una sangrienta guerra civil; una guerra, producto de la misma injusticia social, del irrespeto a los derechos humanos y democráticos del pueblo que hacia la década de los 70's y 80's se vivía en El Salvador. Su actitud siempre fue muy valiente, a pesar de las amenazas a su persona, jamás tuvo miedo contra la muerte misma y cuando lo tuvo fue sincero al manifestarlo públicamente, diciendo que «el temor es algo humano».

Desde hace años, desde el primer momento de su martirio, a nivel mundial, muchos son los sectores populares, las organizaciones cristianas, entidades culturales y sociales que apoyan, abogando ante el Estado del Vaticano, por su canonización y desde ya lo denominan «El San Romero de América», proceso de apelación eclesiástica que va en camino, aunque hay un sector político que estanca el proceso. Monseñor santificado o no santificado es gloria de El Salvador, del pueblo latinoamericano y ejemplo universal. Porque fue un hombre, común y corriente, lleno de bondad, de valentía constante que dio la vida por los pobres. Pues tomó la voz del pueblo oprimido y de sus lamentos para responder a los enemigos de clase, que no tienen respeto por los más humildes, ante la explotación inmisericorde que sufren ante los poderosos del dinero, ellos que manejan el poder económico y que están bien con su Dios y con su estómago. Por ello Monseñor Romero vive en nosotros y con nosotros. Y en todas partes del mundo, desde Europa, Asia, África, Australia y América se le recuerda con cariño y en cada homenaje en su aniversario de muerte se repiten sus palabras. Monseñor Romero no solo es «la voz de los sin voz», como se le conoce, sino que es la voz de la conciencia y la esperanza de nuestro pueblo, es la voz de un pueblo combatiente en su lucha por alcanzar una vida mejor, más justa y con más dignidad humana.

El Salvador, Canadá 24 de Marzo de 2011.

| poesía |

CRIMEN EN LA PARROQUIA

ALFONSO VELIS TOBAR

El lunes 24 de marzo de 1980 mientras oficiaba misa el Arzobispo de San Salvador, «Oscar Arnulfo Romero y Galdámez» caía asesinado por la bala certera de un francotirador. A medida que la noticia se extendía por todo el territorio nacional, otra ola de justa furia e indignación fue apoderándose de las ciudades y el campo de nuestro país. Monseñor Romero por sus denuncias de la represión, era visto por la gran mayoría del pueblo oprimido como un importante símbolo de las luchas contra la dictadura. Sus valientes y enérgicas protestas, plasmadas fundamentalmente en sus homilías dominicales y en el periódico «Orientación» le habían ganado sobre todo en los últimos meses de su vida, un aprecio extendido entre las masas oprimidas del país. Porque como frecuentaba decir, este valiente pastor de la iglesia católica salvadoreña: «que quede constancia que la voz de la justicia nadie la puede ya matar».

Periódico matutino El Pueblo



Esta muerte venadiada
no apagará tu voz

«Soy la voz de los sin voz»
¡Qué enorme muerto sencillo!
hijo del pueblo y la justicia
estrella fugaz
ensanchando brillante
los ojos de la historia.

Tu voz como una hoguera
tu voz jamás se apagará
como un gran incendio
tu voz nueva y justiciera...
Y con la mano de Dios en alto
es alta tu cuota de sangre
que ya has entregado al pueblo.

*«Que quede constancia
que la voz de la justicia
nadie la puede ya matar»*

Venadiaban tu muerte los verdugos
verdugos también aquellos que la
frugaron
(Sicarios del crimen)
a sueldo de escarnio de odio y de dólar.
Pero nunca te echarás atrás
aun cuando enfilen contra tí
las tanquetas las metralletas de grueso
calibre
las balas de tanto mercenario asesino...

¡Caramba!
Aun enfilando batallones de ejércitos
enteros
Aviones y bombas acechándonos el
peligro
con gases lacrimógenos
a bayoneta calada cercados de sabuesos
Y Monseñor Romero crucificado en una
bala
como renacido árbol de trigo y viento

otro latido de huracanes nuevos
cuando apretabas el cayado de tu
evangelio
oteando tu mitra de cristianismo nuevo
tú valiente y enorme corazón
sobre el paisaje de una realidad justa
alegre y libre.

Amigos de todos los pueblos del mundo
esto causa indignación
Veo al pueblo
¿Será qué no lo oyes?
¡Lo oigo! ¡Cómo te avivan!
¡Cómo te aclaman!
asaltados por el río de la cólera y la
venganza

Es el pueblo quien reza tu grito
Tú forjador de la luz, la verdad y la paz
Tú sonora guitarra que dice sí
al sol de la democracia.
Vos que predicabas el mandamiento
del no matarás
Seguirás golpeando y azotando
a los enemigos del pueblo.
Tu sangre bomba de tiempo
cargado con cien libras de salmos y
homilias
explotando como canción de ira y duelo
entre la conciencia popular.
¡Qué muerto tan nuestro!
(Como semilla en floración)
Vos Monseñor pueblo y bandera
y en la hora de tu muerte
las horas nuevas ya se perfilan
donde el pueblo nació a vivir
para un nuevo amanecer.

*«Que quede constancia que la voz de la
justicia
nadie la puede ya matar»*
Lunes 24 de marzo de 1980



Romero compartiendo con su pueblo.



Romero tras su preparación.



Romero en su cripta en Catedral.



Romero frente a El Salvador del mundo.

DESPUES DEL ÚLTIMO MOMENTO, LAS METÁFORAS SE HACEN REALIDAD

JOSÉ ROBERTO RAMÍREZ
Escritor

El aire era húmedo y el olor a tierra mojada había sido sustituido por el de ciénaga recién fermentada. El día estaba tan gris «que la lluvia insistente, parecía invisibles niños en tropel por la calle vacía»; y el silencio de la tarde era tan denso, que las agujas del viejo reloj daban la clara impresión que agonizaban en la eterna rutina de su danza.

Quizás por como estaba la tarde, durante buen tiempo, muchos pasaron comentado que la tristeza del invierno había incidido en la inesperada decisión que él había tomado. Pero en realidad, todos se equivocaron, porque el invierno era muy agradable para él. Es más, con mucha frecuencia había dicho, durante los últimos veintidós años, con los ojos brillosos e incomprensidos y la envejecida ilusión de haber sido algún día poeta, lo que más le gustaba del invierno era ver y oír, cuando la lluvia insistente parecía invisibles niños en tropel por la calle vacía.

Pero esa tarde era perfecta, una de sus preferidas. Se acercó a la ventana y sacó sus pausadas manos para sentir las mojadas, como queriendo conservar para siempre, todo el invierno que pueda haber entre ellas; respiró profundo, como deseando fusionarse con la lluvia; porque de repente, fue en este momento, que estaba empezando a comprender a plenitud la eternidad del agua y su ciclo. Se sintió etéreo, en plena armonía con la lluvia y logró escuchar, como nunca antes, el ruido individual y majestuoso de cada gota sobre el techo, y lo invadió una armonía plena, casi musical, como si el techo y la lluvia habían confabulado contra la monotonía para crearle una nueva y última canción, que le ambientara y le pusiera vida a cada uno de los pensamientos retrospectivos que le florecieron repentinamente, como musgos prehistóricos entre la decadencia palpitante de sus cejas.

Cerró paulatinamente los ojos y agudizó sus oídos, hasta perderse por una necesidad reciente, pero muy antigua; conocida, pero a la vez incógnita, en las entrañas oscuras y cavernosas del tiempo... Y recordó:

...Sus ojos dilatados por la emoción, miraban como felino hambriento a su presa. La silueta desnuda, semi vestida por lo claroscuro de la habitación, ejercía en él un efecto fluorescentemente revelador, que no lograba contestarle su máxima inquietud. Era una interrogante que había estado fosilizada entre raíces putrefactas y restos de caracol, durante casi diecisiete años; y en este momento, — a sus treinta y cinco años de edad— le florecía con una definición precisa en cada centímetro cuadrado de su piel en llamas: «¿Por qué tuvo que pasar tanto tiempo para que esto se diera?», — se preguntaba...

Se acercó a ella con todas las emociones resucitadas y sintió su desnudez tan propia, como si en estos largos años de ausencia siempre la hubiera tenido. Besó sus labios con una sed de beduino, después de una jornada fatigosa por desiertos, tan similares al tiempo de su espera. Reconoció con sus manos todo su cuerpo; encontró en su rostro ese gesto de niña melancólica y ausente, que siempre le atraía. Se reencontró con esos pechos, que ella con persistencia protestaba por su abundante tamaño, y que él siempre deseó, con una pasión ignorada que no pudo manejar en sus años de adolescencia, pero que invariablemente los consideraba como un punto preciso en la elegancia de una mujer. Hoy tenía el equilibrio exacto, la capacidad necesaria para la conducción de una pasión madura, plena y que le permitía disfrutar el momento a sorbos lentos, como buen catador de excelente vino fermentado en remotas tinajas. Y quizás por coincidencia,

Sus ojos dilatados por la emoción, miraban como felino hambriento a su presa.



o porque el clima adicionalmente conspiraba, pero esa lejana tarde de agosto, también llovía. Le acercó sus labios al oído y le musitó: «Escuchá la lluvia... Se oye como invisibles niños en tropel por la calle vacía».

Ella había llegado hasta esto, quizás impulsada por un sentimiento de deuda, un cosquilleo constante durante más

de década y media, que repentinamente le evocaba su recuerdo. De hecho, nunca lo había olvidado.

Había pasado tanto tiempo desde que se conocieron, y la intimidad del momento era el pago distante, atrasado y quizás hasta ajeno, pero justo. Era una entrega sublime y total, bajo circunstancias diferentes e incrustadas en otra época, pero muy preservada por un romanticismo platónico de jóvenes lejanos e ilusos, para ser disfrutada en este instante; y que con el paso del tiempo se convertiría, a fuego lento, en un presente de espera absoluta por casi otros veinte años... Porque de qué otra manera se le puede llamar a un recuerdo y a un deseo que dure treinta y siete años, y no porque esta cantidad sea el límite que la comprensión humana avale, sino porque hasta aquí él ha decidido cortarle las alas, porque hasta aquí ha permitido que dure...

¡Hasta más allá del último momento!

Abrió paulatinamente sus ojos y volvió en sí. Sintió una leve sensación de debilidad y fatiga, como si su envejecido y endeble cuerpo, cargara más de los cincuenta y cinco años, que en realidad era su edad actual; como si hubiera sido sometido a esfuerzo físico sin salir de la casa. Giró con la lentitud de caracol descomunal y aislado, dándole la espalda a la ventana por donde aún escurría la lluvia y vio minuciosamente el entorno de la habitación, hasta que se encontró a sí mismo frente a frente.

Hoy... era la primera vez en toda su existencia, que la vida misma lo plantaba delante de sí, con una crudeza colosal, inaudita y devastadora.

De repente lo embargó una profunda soledad, un soplo fuerte de desolación tan parecida a estar frente a un campo después de grandes batallas y una inmensa lástima de verse a sí mismo, como un retrato olvidado, colgado en la pared. Nunca se había fijado en toda la decadencia, ni todo lo moribundo que su rostro reflejaba. Fue como si de repente le cayera todo el peso enfermizo y marginado de las casi seis décadas de vivir; y se sintió más viejo, despoblado y más solo que nunca, más extraño; y con un pensamiento de duda que lo forzaba a cuestionar, si realmente el que tenía enfrente era él, o era solo una imagen inventada por la devastadora soledad.

En sus invernales ojos, también empezó a llover cuando no supo despejar sus dudas y el silencio fue tan fuerte que lo envolvió todo y sintió un senil temor de pájaro cansado y moribundo, que nunca antes había experimentado.

Giró nuevamente su humedecida vista a la ventana, vio que ya empezaba a anochecer y empezó a preocuparse de que probablemente nadie vendría a visitarle. A preocuparse por cuánto tiempo más estaría flotando en el aire, con esa incómoda soga estrujándole el cuello, como retrato olvidado y colgado a la pared. Pero la preocupación fue rota impetuosamente, y sus ojos se alegraron y brillaron como relámpago en la lluvia; y sintió una paz absoluta, una resignación placentera, que le ponía punto y final a todo lo que había esperado, a todo su cansancio, a todos sus achaques, a toda la soledad, a toda la miseria, a todo lo ignorado, a todo el silencio y a todos los harapos de dignidad con que se llega a viejo, con los que tuvo que estar luchando desde hacía varios años; cuando sorprendentemente, vio esos niños venir hacia la ventana —que ya no eran invisibles, ni tampoco metafóricos—, niños en tropel... por la calle vacía...



proverbios
carlos galán

pastorcarlosgalan@hotmail.com

EL QUE MUCHO ABARCA POCO APRIETA

La imagen era borrosa y la silueta apenas se lograba ver al fondo de aquel callejón oscuro. Vi como cuidadosamente levantaron sus restos, y despacio como midiendo el tiempo acercaron la bolsa negra donde yacía su cuerpo. Entre gritos y murmullos escuché aquellas palabras que quebraron el último pedazo de aliento que aún me esforzaba por guardar: «Te odio, ojalá no te hubiera conocido nunca»

Siendo honesto, en aquel instante quise ver hacia otro lado, quise cerrar mis oídos y mi corazón a lo que había escuchado. Por dentro apreté los dientes y respiré profundamente para sostenerme de pie y ver aquel joven, que estrujaba con rabia el cuerpo del que había sido su Padre. ***Sus lágrimas y gritos no eran por lo que aquel hombre no pudo tener, sino por lo que no pudo dar.***

Siendo sincero, la imagen era única y desalentadora, sin pestañar pensé en mis hijos, en aquellos dos pequeños que un día tendrían la edad de aquel joven y, sin miedo a equivocarme, estarían de frente al cuerpo de su padre y atrevidamente pensé qué dirían, qué emociones estarían reposando en sus corazones, qué pensamientos callarían o gritarían en ese instante. ¿Les haría falta, tendrían algo que reclamar?

Palpando las lágrimas de la tarde más fría que haya vivido, me atreví a dar un paso más en mi juego mental, trasladé a las manos de aquel joven, a sus manos, los vi llorar a través de los ojos de aquel muchacho, vi el odio y la rabia agarrar con fuerza aquel cuerpo inerte y reclamarle sus errores en el pasado. En un lapso de tiempo desperté de mi pesadilla, asustado y angustiado por el sabor de las ideas y pensé: *¿de que sirve la vida si te la pasas tanto tiempo lejos de casa; de que sirve el esfuerzo si al final de la vida has perdido lo más valioso que la vida te ha dado?*

Te escribo a ti querido amigo, a ti salvadoreño que luchas por vivir, a ti que igual que a mí nos acorrala como cual león a su presa, el hastío, la frustración y el cansancio. Te escribo a ti que igual que a mí no tendrás excusa para demostrar que lo que acumulaste en esta tierra, te dará la felicidad al final de tus días. A ti amigo, te invito a pensar que **el que mucho abarca, poco aprieta.**

narrativa

De los cuentos de Chepe el Cabezón

ALLÁ EN UN LEJANO CANTÓN

CAROLINA LUCERO
Poeta y escritora

Sencillo de corazón como era, pero astuto para enfrentar la vida, don Pedro se las arregló para hacer parecer que habían llegado a embargar los muebles que Claire tenía en la colonia Bloom. De esa manera pudo sustraer todas sus pertenencias y hacérselas llegar hasta el cantón de Las Casitas. Así, cuando los abogados de los Leenaerts llegaron a hacer las averiguaciones del caso, e irrumpieron en la vivienda, nada pudieron encontrar, ningún documento que orientara el rumbo que había seguido Doña Claire, ningún libro, ningún recuerdo. Igual suerte corrieron en sus pesquisas con los vecinos. Claire había sido muy selectiva y prudente con sus amigos y casi nadie sabía dato alguno que ayudara a rastrear su paradero. La esposa del Mayor Leenaerts simplemente se había esfumado. Don Pedro fue interrogado. No obstante, lo único que pudieron obtener de él es que unos individuos procedentes de una comercial, con una orden de embargo y acompañados de otro par armados hasta los dientes habían irrumpido en la pequeña vivienda y sustrajeron lo allí contenido. Como respaldo, el día «del embargo» don Pedro se había tomado la tarea de llamar dos horas después a la policía, a efecto de informar -y dejar constancia- que unos tipos estaban irrumpiendo en la vivienda. Al llegar a esta, nadie estaba en la misma.

«Hijita» mandaba a decir don Pedro en un papel. «No podré visitarte en algún tiempo debido a que los investigadores de tu paradero te andan acechando como si fueras tacuazín y no quiero que den contigo.» «Estoy casi seguro que tanto a mi hija como a mí, nos han seguido hasta la casa. Creo que hasta *han echado el ojo* en nuestra vivienda porque la otra vez llegó alguien encuestando sobre un posible tendido de luz eléctrica. Lo bueno que con eso se pueden convencer de que yo no tengo tus muebles en mi poder *y nada se de ti.*» «Ayer estuvieron los dizque abogados de la familia de tu marido y me dijeron que la familia anda desesperada buscándote. Debemos ser cautelosos. No te preocupes, siempre te apoyaré. Tu otro papá. Pedro.»

Arreglándoselas como pudo, Pedro hizo llegar la carta a Claire, la que, agradecida, daba gracias al Dios Divino por contar entre sus amigos a gente tan maravillosa como don Pedro.

Claire había recibido el apoyo de sus vecinos don Casimiro y la niña Chabela, en un gesto de correspondencia con lo atento que en vida había sido con ellos *don Liendre*. No obstante la Chabela apuraba para recordar que «el visitante y el muerto a los tres días yeden». Ante esto, Claire se preocupaba por ayudar en las tareas orientadas a levantar su casa. Allá estaba ella amasando lodo, apelmazando adobes, mojándolos para que no se fueran a quebrar y constituyeran un buen ladrillo para su casita. La pequeña adolescente hija de don Casimiro, Yenifer, insistía en ir a trabajar con la recién llegada, ayudando a la *niña Paca*, a cuidar del pequeño bebé. Afortunadamente, durante el día el pequeño Shepard, «*Chepe*», disfrutaba dormir la siesta debajo de aquellos árboles de manzanas pedorras, las que sin ninguna duda depositaron en él su inspiración por cuanto en el futuro las disfrutaría a más no poder.

La Paca, decidió establecer su pequeño cuarto de cocina poniendo al centro de una de las paredes, la vieja chimenea de su padre. Así, aquel recuerdo de su antigua casa le serviría tanto para cocinar como calentarse en los días en que el frío se tornaba insoportable. Gran secreto que guardaba esa chimenea, pero Paca estaba muy lejos de descubrirlo o recordarlo.

Los días pasaron pronto. Como era verano, la tierra secó pronto todos aquellos adobes y paredes de lodo, por lo que a la vuelta de unos diez días, la Paca y el Chepe, ya podían vivir en su ranchito. Los vecinos se preocuparon por cercarle el terreno,

considerando que ella y el pequeño vivirían solos, y además, quizás muy secretamente, en devolución de todo aquello que fue sustraído de la casona durante el tiempo que estuvo abandonada.

Claire no se dejó abatir. Muy pronto fue a hacer el recorrido por los alrededores de su rancho, descubriendo que los palos de aguacate aun conservaban frutos, lo cual serviría para aumentar insumos para sus alimentos. Encontró además flores de izote, motates, alcachofas, que cocinaditos con huevo o hervidos con un poquito de sal podrían constituirse en una buena cena. Más adentro del huerto colgaban sonrientes unos racimos de guineo majoncho con los cuales ideó una secuencia de exquisitas cenas y empanadas. Muy pronto indagó que algunas de sus vecinas tenían crianza de pollos, gallinas ponedoras, entre otros, accesibles por poco dinero. Muy pronto andaban caminando en su patio un par de gallinitas con ánimos de iniciar la vida productiva. Redescubrió Claire esa belleza del campo. Ese sol tenue que entra por la ventana, esa agua cristalina que corre fresca y agradable al tacto. Esa brisa suave que no podía ser reemplazada por aire acondicionado

era cuestión de conseguirse un par de buenas piedras para hacer la tarea

alguno. Ese gallo que canta al amanecer con el ánimo de alertar a los campesinos para iniciar una nueva jornada. «La naturaleza es de las cosas más hermosas que Dios nos ha dado» se decía Claire. Allí sólo tenía que alargar la mano y descubrir que Dios le alimentaba con el mínimo esfuerzo. Se sentía Claire como los pájaros, como las luciérnagas, a quienes el Señor protege por el sólo hecho de ser sus hijos. De alguna manera fue resolviendo *el conqué*, a excepción de la leche para el niño, lo cual le preocupaba, puesto que como consecuencia de tanto dolor y pérdida de su amado, la leche materna casi se le había secado.

«Buenas tardes niña Paca» se escuchó una voz viniendo de la entrada. Eran la niña Chayito y la niña Chana, quienes siendo también madres jóvenes se sentían identificadas con aquella vecina que estaba necesitando ayuda. La niña Chana tenía dos hijos, el Teodoro de 10 años y el Tavo de la misma edad del Chepe. La niña Chayito, tenía sólo un hijo de 5 años: el Mincho. «Niña Paca, aquí le traigo leche para el niño...», «Gracias niña Chayito, ¡qué amable! En estos momentos que tanto la necesito...» «Si, así nos imaginamos...» «y hablando de una cosa por otra: Le veníamos a preguntar qué tiene pensado hacer, pues considerando que no puede explotar la propiedad... ni tiene siembra, ni milpa...» Y nos imaginamos que no podrá trabajar de profesora porque el niño está chiquito...

«Si niña Chayito, niña Chana... me imagino que algo se me va a ocurrir...»

«Pues de eso le queremos hablar. Fijese que la Reynita, una de las hijas de don Elio que vive allá en el Guaje, ha conseguido colocarse de sirvienta allá en la capital, va a trabajar en una casa de señores ricos. ¡Qué bueno por ella!... Es el caso que durante este tiempo ella ha lavado y planchado para la familia del coronel Ramos que vive en la entrada de Los Canarios pues por ahí no hay agua; y ahora al irse la Reynita ya no hay quien les lave, y nojotras pensamos que antes que alguien le caiga al trabajito, por qué no luagarra usted...»

Claire pensó que se trataba de una buena idea. «Lo único que para ir a traer la ropa hasta aquí y andar chiniando al niño...» «Por eso no se

preocupe. El coronel tiene un mandadero: Juan, que lleva y trae la ropa en su moto. Nojotros le vinimos a decir, para avisarles a ellos, pues la Reynita la recomendó a usted, les dijo que usted es una señora de suidá que sabe cómo cuidar los trapos...» «Y si además de eso le lava los trapitos a don Guayo que viene los fines de semana, yastuvo que se hizo hasta treinta colones en el mes... ¡Es buen pisto!...»

Claire se quedó pensativa unos instantes. Tendría que ver cómo se iba a ganar la vida, pues muy pronto agotaría su pequeña reserva de dinero. Si bien para alimentarse ella había andado desenterrando algunas raíces, tubérculos, y consiguiendo matasanos de los linderos, debía pensar en el pequeño Chepe a efecto de proveerle de los alimentos adecuados para no atentar contra su salud y desarrollo.

La oferta no fue rechazada. Considerando que en su propiedad tenía dos enormes pozos de agua, era cuestión de conseguirse un par de buenas piedras para hacer la tarea. Así que ni corta ni perezosa se las ingenió para hacer que le ayudaran a trasladar desde la poza dos piedras bien chulas que le permitían lavar toda aquella ropa sin necesidad de doblar tanto la espalda. Negoció además con aquellos que sustraían agua de su propiedad, para que le llenaran barriles y pilas en un intercambio de servicios. Así estaba siempre al pendiente de su pequeño Chepe. Con el importe de aquel dinero ganado a fuerza de espalda, Claire pagaba la leche y las vitaminas de su hijo, compraba huevos a sus vecinas, adquiría pan a don Sebastián, y le encargaba a las señoras que iban al mercado de la ciudad alguna que otra libra de carne de res, para no comer sólo carne de tacuazín.

Sin darse cuenta, la niña Paca se fue estableciendo en el pueblo como una señora a la que todo el mundo respetaba por cuanto había sabido mantenerse en la línea del trabajo y totalmente dedicada a su pequeño hijo. La gente fue dejando de llamarla *la hija de don Liendre*, pasando a ser reconocida únicamente como niña Paca.

Pasaron los años. La Chayito y la Chana se volvieron sus amigas inseparables. Sus pequeños hijos se fueron estrechando también en amistad. Si bien el hijo de la niña Chayo era mayorcito unos cuatro años sobre el Chepe y el Tavo, por encargo de la niña Chayo, éste cuidaba del Chepe con gran devoción pues su madre le había enseñado que aquel niño debía ser como su hermanito. A su vez, el Teodoro los cuidaba a todos.

El Chepe fue creciendo, se fue poniendo cada vez más bonito y saludable, aunque era bien flaco. La situación fue apretando en la medida que este crecía. Era necesario ir ampliando horizontes para buscar el conqué, porque no se podía vivir sólo comiendo matasanos, sobre todo en las épocas en que faltaba la lluvia y las legumbres y frutas no florecían abundantes.

Así, en la medida que el Chepe ya pudo ir a la escuela, Claire se vio cargando canastos para ir al mercado de la ciudad a vender sus aguacates y sus flores de izote, para cumplirse la promesa de dar a su hijo lo mejor de sí misma. El niño por su parte, hacía todos los esfuerzos posibles para ir coronando los niveles básicos que la pequeña escuela ofrecía. Era persistente y preguntón; aún así, como tenía el corazón tan bueno, tan noble, tan sencillo, tan inocente, incapaz de comprender la malicia, muy pronto se fue ganando el mote de «Chepe Cabezón».

En las noches oscuras, con el pequeño *Chepe cabezón* en su regazo, Claire recordaba a su gran amor, ese que la hacía luchar cada día para cuidar el hermoso fruto que ambos concibieron y que era la prueba fehaciente de que ese amor alguna vez existió.



Carlos A. Burgos

PROSALEGRE

NO DIJO CORTEN

Hace varias décadas, en la Televisión Educativa, se producía una serie de películas cinematográficas de 16 milímetros con directores y actores salvadoreños. Había euforia por dominar las técnicas de este arte y entusiasmo por filmar diferentes temas de la realidad.

A Richard, uno de los jóvenes directores, le asignaron la filmación del documental sobre el origen del fuego; participaron varios actores desempeñando el papel de indígenas con taparrabos en locaciones del área rural donde vivieron nuestros antepasados. Viajaron a las cuevas del Espíritu Santo, municipio de Corinto, departamento de Morazán.

El equipo técnico se había posicionado como el mejor de la región centroamericana.

Antes de la filmación de cada escena Richard realizaba un reconocimiento de la composición visual de las tomas. Para esto separaba los dedos índice y pulgar de ambas manos formando ángulos rectos, luego juntaba los extremos de los pulgares y obtenía un rectángulo que representaba el marco de las tomas, equivalente a la pantalla de cine con los elementos que incluiría.

De esa manera Richard analizó el campo visual en un terreno quebrado viendo a través del rectángulo de sus dedos y utilizando vocabulario técnico en espanglih sobre movimiento de cámara. Con mucha seguridad decía:

- _ Tilt up. ¡Bien!
- _ Paneo izquierda. ¡Good!
- _ Dolly back – corrió atrás tan rápido que cayó en un pequeño barranco y gritó: ¡Bad!

Los técnicos reían a carcajadas, solo su asistente, muy afligido, corrió para auxiliarlo. Cuando reclamó a los demás por no prevenirlo, estos le explicaron que se imaginaron que así iba a querer la toma, con caída al vacío.

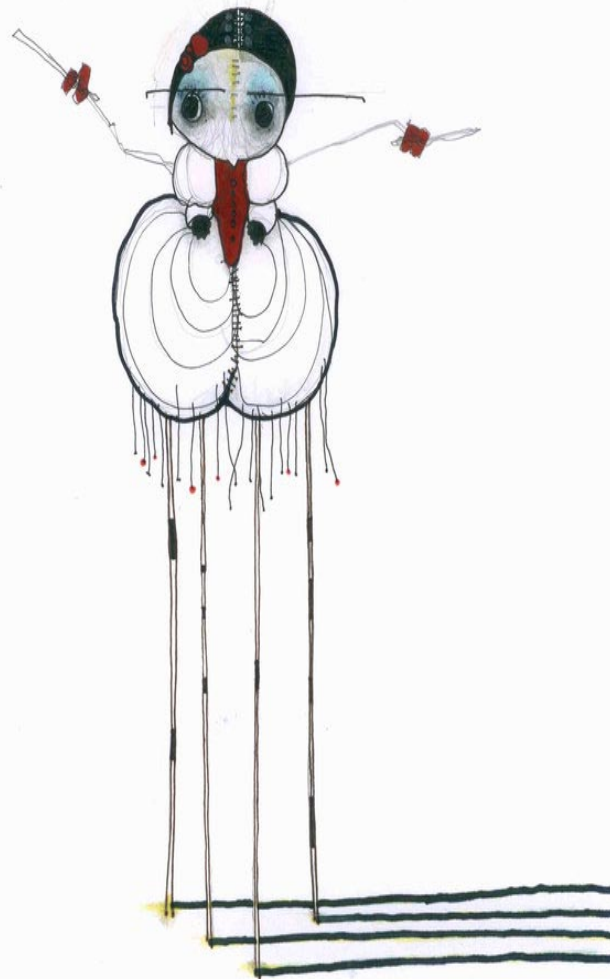
Richard tenía la buena cualidad de olvidar pronto los enojos. Después de registrar la identificación de la escena y de pronunciar las palabras listas, cámara, acción, se inició la filmación de la escena sobre la producción del fuego por la frotación de dos palos secos en terrenos aledaños a las cuevas. Las tomas se iban filmando correctamente, pero Richard que era muy perfeccionista, de inmediato entró a la escena para arreglar algo del actor principal: Levantó el taparrabo de adelante y apartó la cosa hacia un lado, de modo que se viera normal y no abultado como estaba. Se continuó sin dificultades.

Regresaron contentos porque habían finalizado la filmación de acuerdo con lo planificado. Entregaron los rollos expuestos al encargado del laboratorio cinematográfico para revelarlos. Dos días después se dispuso la proyección de la película como pequeño estreno ante numerosa asistencia del personal técnico, administrativo y otros empleados. Había expectación. El editor no anticipó nada del contenido puesto que era material de primera mano, no había iniciado el montaje. Se comprobó alta calidad en la resolución, lo mismo que en la composición, profundidad de campo, color, iluminación y movimientos de cámara. Pero se originó una fuerte discusión entre Richard y Juan Vega, el camarógrafo, porque se imprimió su entrada a escena para apartar la cosa del actor principal con zoom cierre a las manos.

_ Richard – le dijo Juan – todo se filmó porque tú no dijiste corten antes de ingresar a la escena.

_ Pero ¿por qué hiciste zoom cierre a mis manos?

_ ¿? – Juan encogió sus hombros y arqueó sus cejas. Se regó la noticia y todo mundo quería ver esta premier.



Tres cuentos inéditos de

Federico
HERNÁNDEZ AGUILAR

ELLA Y ÉL

A él le había dicho la adivina que no buscara más, que encontraría a la mujer de su vida en la próxima vuelta de esquina.

A ella le había dicho el «vidente» que su gran amor esperaba a corta distancia, quizás entre la puerta de aquel «consultorio» y la parada de buses.

A él le había dicho su madre que no creyera jamás en las adivinas, «que suelen ser cómplices del diablo cuando se asoman al futuro».

A ella su padre le había dicho que regresara temprano, y que cuidadito se desviara «a la choza del fulano ese que dicen que adivina el porvenir».

Él tenía que comprar el pan antes de volver a casa.

Ella debía regresar a casa, pero no sin la medicina de la abuela.

Él llegó a la parada de buses sudando, porque el trópico cae pesado en estos días del año.

Ella venía sofocada por la prisa, con la esperanza de abordar el próximo colectivo.

Ambos supieron, a la vez, que las adivinas y los videntes pueden llegar a decir la verdad. Sé que se reconocieron, que se vieron a los ojos intensamente y que, en ese eterno y fugaz instante, fueron el uno para el otro. Lo sé porque este cuento necesita un final feliz. Y porque ambos fueron sorprendidos por el mismo tiroteo, porque cayeron casi al mismo tiempo, y porque el amor es una cosa extraña, simple, que llega tarde o temprano, incluso segundos antes de la muerte.

(Inédito).

PRIMERA CRÓNICA DEL LIBRO SAGRADO DE LOS MAGOS

El mal era prácticamente incurable y la víctima era un fuerte mancebo de la corte, espigado como una pluma de quetzal, locamente enamorado de una mujer del pueblo, demasiado plebeya para ser suya y demasiado hermosa para no sufrir por ello.

Devorado por la pasión, el mancebo se debatía entre fiebres poderosas todas las noches. Lloraba como un niño. Traspasado de dolor, maldecía su impotencia y despertaba a la corte entera cada madrugada. Cansado de verle en aquel tormento, el Rey se apiadó del mancebo y pidió a sus consejeros que llamaran al mago Atlapuyi, que en todo era sabio. Le pidieron que ayudara al muchacho, creando para él un hechizo que le permitiera vivir en armonía con su pasión y no arriesgara su vitalidad. El enfermo le explicó a Atlapuyi que prefería la muerte a seguir sufriendo. «Ya no quisiera llorar más», le confesó. «Pero temo que no podré evitarlo mientras me sea imposible desposar a esa hermosa plebeya».

Entonces Atlapuyi, que en todo era sabio, convirtió a la mujer en lágrima. A continuación, la depositó suavemente en uno de los ojos del mancebo. «No llores más por tu amada», sentenció, «porque dar rienda suelta a tu dolor será igual a perderla».

Y así quedó escrito en el Libro Sagrado de los Magos. (Del libro inédito *Crónicas del LISAMA*).

EL PÓSTUMO

Es el año 2078 y he ganado, para mi sorpresa, el premio Nobel de Literatura. Pregunto al delegado sueco si puedo asistir a la ceremonia vestido con el único traje que tengo. Me contesta que no.

—¿Por qué no?— interrogo con molestia.

—Porque su traje es casi un harapo y la ceremonia del Nobel exige de los premiados un decoro absoluto. No puedo permitir, ni siquiera a usted, que se ignore esta exigencia.

Incómodo, casi envidiando a los candidatos perdedores, me voy a Suecia embutido en un frac carísimo, enteramente arrendado a la impostura, sin entender cómo han otorgado el Nobel de Literatura a un muerto tan impresentable como yo.

(Del libro inédito *Semos majes, Salarrué*).

CON EL ENTUSIASMO Y EL CORAJE DE ESOS SUEÑOS, EL CRONÓMETRO SE DETUVO EN 54 MINUTOS Y 59 SEGUNDOS CUANDO CRUCÉ LA LÍNEA FINAL

A MÉXICO POR UN SEGUNDO... E ILEGAL

JORGE CASTELLÓN
Escritor

Era 1984, yo tenía 17 años y el mundo era todo lo que estaba por conocer. Recuerdo que partimos a las cinco de la mañana del Estadio Olímpico de La Flor Blanca, en El Salvador, rumbo al Centro Deportivo Olímpico Mexicano, que por aquel entonces se ubicaba cerca del Hipódromo en el Distrito Federal. Íbamos llenos de la alegría infinita que un adolescente experimenta en la aventura de ir lejos, de descubrir, de descifrar distancias, de hacer amigos. Y en nuestro caso, como selección juvenil de atletismo, con los sueños puestos en romper nuestras marcas, ya sea un minuto, 15 centímetros o tan sólo... dos segundos.

Por aquel entonces yo era el único marchista juvenil de mi país. Y con la gloria y la desgracia que eso significaba, me encaminaba a medir fuerzas, o más bien, resistencias, con los mejores del mundo en esos años. Ir a México a competir en la caminata o marcha olímpica, era como ir a competir a un torneo de ajedrez a la URSS, donde Karpov o Casparov estuvieran entre los rivales; o como si uno se dirigiera a un torneo de tenis de mesa a China Popular: no ibas a estar entre los primeros lugares a menos que, a todos tus rivales les diera

Quedé maravillado ante el Popocatepeq y el Iztaccihuat, como quedé impresionado y triste, al cruzar, ya cerca, el basurero del Distrito Federal, una inmensa ciudad de casas de cartón y montañas de desechos...

Había ganado una batalla conmigo mismo, y regresaba a lo humilde de mi casa con las riquezas de una historia milenaria y las joyas de un arte verdadero

sarampión una noche antes o se diera una glaciación en la ciudad y te dejaran a tí como único competidor sobreviviente. Recuerdo que para poder asistir a esta competición anual en la ciudad de México, en la prueba de los 10 mil metros (10 kilómetros) de la caminata, se establecía un tiempo menor a los 55 minutos como requisito. La noche en que caminé la distancia buscando una oportunidad de asistir a tierra azteca, competí con el rival más difícil: yo mismo. No existía otro

competidor en tan inusual prueba del atletismo salvadoreño. La pista estaba a oscuras, pues las luces del estadio se encendían únicamente para los juegos de fútbol. A quién le importaba que los sueños de un muchacho pobre se fueran a intentar hacer realidad en esa oscuridad y en una pista llena de agujeros.

Con el entusiasmo y el coraje de esos sueños, el cronómetro se detuvo en 54 minutos y 59 segundos cuando crucé la línea final. Iba a México... por un segundo. Pero lo más irónico, iba a emprender ese viaje «de mojado»: sin padre y sin madre real y legal, hubo que falsificar mi documentación para el viaje.

Cruzamos la frontera de Guatemala y a las ocho horas nos vimos perdidos en la selva norte con la dificultad de no hablar quiché, que nos permitiera entender las palabras que unas amables personas nos dirigían en el intento de ayudarnos para volver al camino principal. Llegamos a Tecum Uman —la frontera entre Guatemala y México— muy entrada la noche. Allí, un delegado del gobierno mexicano nos condujo a un inmenso autobús camino a la capital que está construida sobre un lago.

Con la mirada fija en la ventanilla, mis ojos descubrían maravillados la inmensidad de aquellas tierras nuevas. Pasamos a un lado de Puebla, y en mi ansiedad recuerdo haber preguntado en cuánto tiempo más estaríamos en nuestro destino. Dos horas, fue el tiempo interminable que nos restaba por recorrer. Quedé maravillado ante el Popocatepeq y el Iztaccihuat, como quedé impresionado y triste, al cruzar, ya cerca, el basurero del Distrito Federal, una inmensa ciudad de casas de cartón y montañas de desechos... Como siempre, todo encuentro nuevo tiene un doble significado, un sentir contradictorio. Algo te sorprende y algo te decepciona. Pero en nada te quita del alma la vivencia de lo nuevo.

Si alguien no ha experimentado la carencia, el hambre y todo aquello que se define como pobreza, no podrá imaginar qué fue para mí, el entrar, la tarde de nuestra llegada, al comedor del Centro Deportivo. He de recordar que allí se alojaban y entrenaban los mejores atletas del mundo: la selección cubana de pesas; equipos de ciclismo italianos, por mencionar algunos. De esta forma, el menú a parte de ser nutritivo era variadísimo. Me vi impotente de decidir qué comer, quería de todo. No obstante, fui frugal: competía al siguiente día y ganó la disciplina de tres años en el deporte, sobre las ansias de devorarlo todo.

Amaneció, tomé jugo y comí fruta, luego fui llevado en un inmenso autobús a la Escuela de Educación Física del Estado de México. Era en la pista de ese lugar en que hubo de tocarme el reto deportivo más grande de mi vida. Se escuchó el disparo de salida y de inmediato quedé relegado al último lugar por el pelotón velocísimo de marchistas, entre los que se encontraba Carlos Mercenario, quien iba a ganar la competencia de los 20 kilómetros en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, en 1986. Vi pasar a Mercenario diez veces frente a mí. Tan solo me apartaba al extremo del primer carril para darle paso. Vi rebasarme a una decena de competidores, durante esa interminable competencia. Las últimas vueltas... las hice completamente solo. Evoco ahora las palabras de apoyo de mis compañeros, desde las gradas del pequeño estadio.

Al terminar las 25 vueltas, el cronómetro marcó 53 minutos y 50 segundos. ¡Me había vencido un minuto! ¡Me había ganado a mí mismo! Esa es la vivencia que te hace feliz en el deporte... toda derrota digna, tiene su victoria personal, anónima, íntima. Otros centroamericanos, en años anteriores, solían abandonar las competencia, sangrando de su nariz, víctimas de los 2,000 metros de altura sobre el nivel del mar en la Ciudad de México.

Feliz, regresé al comedor por la tarde. Comí todo lo que cupo en mi estómago y todavía escondí —motivado por la gula— manzanas y cajas de cereal entre mis ropas. Al día siguiente, descubrí en el desayuno lo que era el omelet, y en el almuerzo, lo que era el filete de pescado.

Mi país estaba en plena guerra civil por esos años, y así, con la ayuda de amigos mexicanos que hice en esos días, supimos descifrar la dirección— que yo llevaba escrita en un papel— de un tío muy querido que había huido a México, y al que no veía en muchos años. Con su compañía, fuimos a visitar las obras de Siqueiros, sus pinturas y murales. Conocí las creaciones de Diego Rivera y me perdí maravillado en el Museo de Antropología: aprecié, para no olvidar jamás, el Sol Azteca. Contemplé, para recordar siempre, las cabezas Olmecas... Y México quedó en mí, para el resto de mi vida.

No me interesa si gané o no, una medalla; si subí a lo más alto del *podium* de los triunfadores, o estuve al final de los perdedores. Había ganado una batalla conmigo mismo, y regresaba a lo humilde de mi casa con las riquezas de una historia milenaria y las joyas de un arte verdadero, en el que aún ahora, abrego más de un sueño y evoco más de una alegría.

Abril del 2008.

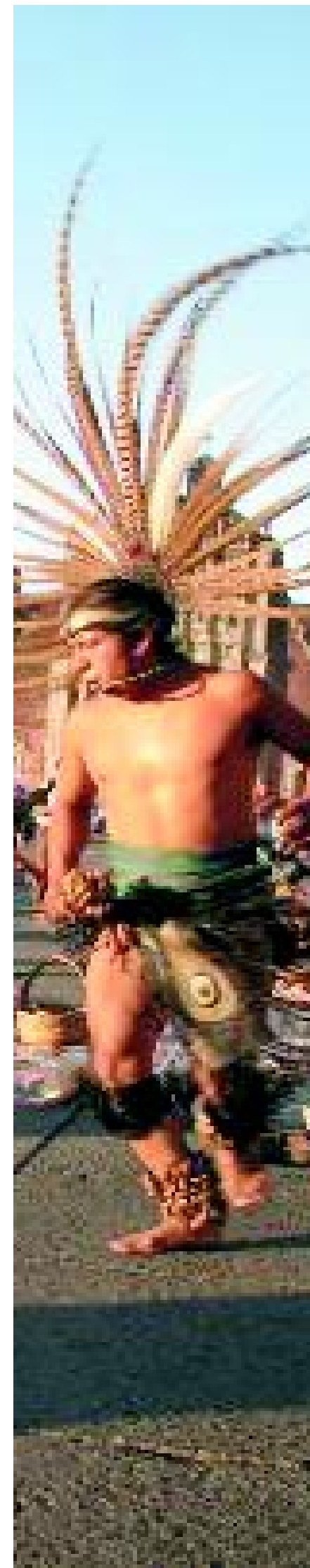


FOTO: SLO THIAGO